

que aquí podamos practicar en comparacion de lo que se padece en el infierno. ¡Plegue á Dios que el recuerdo de los castigos eternos os haga cumplir con vuestros deberes religiosos, para que obrando en santidad y justicia, os hagais merecedores de las recompensas reservadas por Dios á sus escogidos.

Conocemos ¡oh Dios de bondad! que por nuestros pecados, nos hemos hecho mil veces acreedores al infierno. Pero hoy recurrimos á Vos, confiados en que aceptareis nuestro cordial arrepentimiento. Verdad es que nos hemos rebelado contra Vos; pero es mayor vuestra misericordia que nuestros pecados. Usadla con nosotros y comunicadnos vuestra gracia; esa gracia que santifica, esa gracia que borra los pecados y nos vuelve á vuestro amor. Librad nuestras almas del infierno, pues si es verdad que hemos sido hasta aquí rebeldes á vuestras inspiraciones y llamamientos, ya nos volvemos á Vos contritos y arrepentidos. No mireis, Señor, nuestras iniquidades pasadas; mirad tan solamente nuestro presente arrepentimiento, y escuchad el clamor con que os decimos: *Señor mio Jesucristo, etc.*

SERMON 1.º

PARA EL DOMINGO DE RAMOS.

Jesucristo en su entrada en Jerusalem, nos enseñó que el camino de la humildad es el que conduce al cielo.

Hosanna filio David: benedictus qui venit in nomine Domini.

Hosanna al hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor.

Math. cap. XXI, v. 9.

Venerable cabildo: ¿qué alegres cánticos resuenan hoy en las calles de Jerusalem? ¿Por qué las gentes sencillas se entregan al regocijo, y hacen resonar en los aires vivas y aclamaciones? ¿A quién salen á recibir con palmas y ramos de oliva, tendiendo sus vestiduras por el suelo? ¿Van por ventura á recibir al apóstata Juliano? No: escuchad sus voces y por ellas conoceréis el objeto de sus aclamaciones. «Hosanna, dicen, al Hijo de David: bendito el que viene en nombre del Señor: Hosanna en las alturas. *Hosanna Filio David: benedictus qui venit in nomine Domine. Hosanna in altissimis.*

En efecto, cristianos: el que desde Betphagé se dirige á Jerusalem, y es recibido en medio de tantas aclamaciones, cuales no oyó ningun monarca por amado que fuera de sus vasallos, es aquel mas que profeta que hacia tres años se habia dado á conocer por los prodigios de su diestra: es el hijo de Dios: el que es Rey de reyes y Señor de los que dominan: el verdadero Rey que ha venido á salvar á la humanidad, y que si ahora es recibido con tanta alegría y en medio de las mayores efusiones de placer, oirá pasados cinco dias los gritos de aquel mismo pueblo, que deseoso de verter su sangre, clamará como fuera de sí ante el balcon de Pilatos: *crucifige, crucifige eum.*

¿Empero creéis que la entrada de Jesucristo en Jerusalem seria en carro de oro como la de Vespasiano? ¿Creéis que iria rodeado de grandeza y servido y obsequiado por multitud de vasallos? Este que hubiera sido el aparato de un rey de la tierra, muy apropiado si se quiere para infundir en el pueblo mayor respeto á su persona, no era conveniente al manso y pacífico rey que tiene su trono en el Empíreo, y que tuvo por uno de los motivos de su venida el destruir la soberbia y enseñar al mundo los caminos de la humildad. ¡Virtud divina no conocida antes de los hombres, y de la que hoy se nos presenta como modelo el autor y consumidor de nuestra fé! ¿Quereis saber el aparato con que se presenta en la populosa Jerusalem? Pues oidlo en el mismo testo de nuestro Evangelio: «Cuando se acercaron á Jerusalem y llegaron á Betphagé al monte del Olivar, envió Jesus á sus discípulos, diciéndoles: Id á esa aldea que está enfrente de vosotros, y luego hallareis una asna atada y un pollino con ella: desatadla y traédmelos; y si alguno os digere al-

guna cosa, respondedle que el Señor los ha menester, y luego los dejará: Y esto todo fué hecho para que se cumpliera lo que habia dicho el Profeta. Decid á la hija de Sion: hé aquí tu rey, viene manso para tí, sentado sobre una asna y un pollino, hijo de la que está bajo de yugo. Y fueron los discípulos é hicieron como se lo habia mandado Jesus, trayendo la asna y el pollino, y pusieron sobre ella sus vestidos y le hicieron sentar encima.» De este modo tan humilde hace Jesucristo su entrada en la ciudad, donde es aclamado hasta por los tiernos parvulillos que soltando el pecho materno esclamaban: «Hosanna al Hijo de David.»

Señores: entramos hoy en la última semana de cuaresma, en la semana santa ó mayor, en los dias de los grandes misterios de la Redencion. Y cuando vamos á recordar los tormentos é ignominiosa muerte del Salvador; cuando vamos á verle humillado, ora ante los tribunales de los hombres, ya en el camino del Gólgatha, cargado con el leño de la salud, ya finalmente en el suplicio de los malhechores, ¿qué cosa mas propia y necesaria que revestirnos de un espíritu de humildad profunda, para recordar los dolorosos acontecimientos que desde hoy empiezan á ser objeto de nuestras meditaciones? Ved por qué he determinado hablar hoy de la humildad, con pensamientos que naturalmente se desprenden del Evangelio de este dia, y así propongo: *Jesucristo en su entrada en Jerusalem nos enseña que el camino de la humildad es el que conduce al cielo.* Unica proposicion que va á ser objeto de vuestra atencion al presente discurso. Seré breve, como exigen los divinos officios de este dia. Acudamos al Espiritu Santo, á fin de que por la in-

tercesion de su Esposa se digne iluminar mi entendimiento con un rayo de divina luz. *Ave María.*

PARTE ÚNICA.

La vida de Jesucristo entre los hombres, fué una vida de humildad profundísima. Ocultando á la vista del mundo su divinidad revistese de nuestra carne, y aparece no solamente como hombre sino como el hombre mas pobre y mas destituido de todo humano socorro. La humilde gruta de Belén, vé nacer y reclinar su cabeza sobre humildes pajas, al que en el cielo en esplendoroso trono de Magestad se sienta: y la feliz doncella que ha tenido la dicha de ser su Madre y el pobre artesano esposo de esta Virgen, forman la córte, del que en el Empíreo está rodeado de multitud de ángeles que en sonoros himnos, Santo y Omnipotente le proclaman. A los ocho dias de su nacimiento, presentase en el Templo para ser circuncidado; ley á que no estaba sujeto, porque la circuncision entre los judíos era la señal del pecado y Jesucristo era impecable por naturaleza. Si María en cumplimiento de lo que ordenaba la ley de Moisés se presenta al Templo pasados los dias de la purificacion, y allí ofrece al Eterno padre su Hijo á quien tanto amaba, si Hijo y Madre se humillan hasta el extremo de aparecer Él como pecador, y ella entre las mujeres impuras, todo es para nuestra enseñanza. María no habia concebido á su Divino Hijo, al modo comun con que somos concebidos todos los hijos de Adan. Ambos eran santos, el uno por naturaleza, y la otra por gracia. Luego no obligándoles aquella ley, se sujetan á ella, porque como el objeto de Jesucristo era destruir la soberbia y

enseñarnos el camino de la humildad, no espera al tiempo de su predicacion, sino que empieza á instruirnos desde el instante mismo en que aparece en el mundo.

Pasemos en silencio aquella larga época en que el Salvador vivió al lado de su Madre, en la vida mas humilde, hasta los treinta años de su edad, en que por su predicacion y sus milagros empezó á darse á conocer como Señor del mundo. Observadle en los tres últimos años de su vida, y le vereis efectuar prodigios sin cuento, y llevar á cabo obras maravillosas, con las cuales confirmaba la verdad de su mision y doctrina. Necesariamente, por mas que para muchos tan solo sirviesen sus milagros para aumentar su ódio y persecuciones, habia otros muchos de corazones dóciles, que no cerrando sus ojos á la clara luz de la verdad, le aclamaban Santo, Hijo de Dios, y á veces quisieron proclamarle rey. Pero Jesucristo que siempre huyó de las honras mundanas, retirábase á lo escondido, á los montes, para que no llevasen á efecto sus propósitos.

Ya habia dicho á sus discípulos y en ellos á todos nosotros: aprended de mí, que soy manso, que soy humilde de corazon; y como se acercasen los dias en que, segun lo acordado allá en los consejos de la Trinidad augustísima, debia sufrir su acerbísima passion y dolorosa muerte, hace hoy su entrada solemne en Jerusalem; allí, en aquella populosa capital, donde á los cinco dias ha de atravesar las calles cual un malhechor rodeado de soldados, y cargado con el patíbulo en que ha de ser crucificado.

Contemplemos, mis señores, quién es el que entra en Jerusalem, cuál es el aparato y circunstancias

con que entra, y estas consideraciones, serán para nosotros saludables lecciones, que haciéndonos mirar con horror la soberbia, origen de nuestros males, nos harán abrazar la virtud santa de la humildad. Y desde luego, ese que es recibido en medio de las mayores aclamaciones, ese á quien salen al encuentro con palmas y ramos de oliva, y ante cuya presencia entonan alegres hosannas é himnos de bendicion, es un rey, cuya grandeza y magestad oscurece la de los monarcas de la tierra, pues si estos imperan sobre los cuerpos de sus vasallos, aquel reina sobre sus almas: es un rey cuyo trono está sostenido sobre las alas de los querubines: un monarca que sentado en su carro de fuego, se pasea por la altura de los cielos, contemplando desde allí las obras todas de sus manos: no tiene semejante en el poder: su dominacion no tiene límites: de sus dedos están pendientes las llaves de la eternidad: una palabra suya es suficiente para destruir el mundo todo: si con un *fiat* de sus lábios, todo salió de la nada, con otro *fiat*, desaparecería para siempre cuanto creara su diestra omnipotente y bienhechora. Ved aquí, mis hermanos, el que hoy penetra por las puertas de la ingrata Jerusalem; ved aquí, el que lleva el designio de entregarse en manos de sus enemigos, para verificar con su muerte nuestro rescate. ¿Y cómo se presenta á recibir las aclamaciones de aquel pueblo? ¿Cuál es la corte que le acompaña? ¿Cuáles los aparatos de su grandeza? ¡Cuánta abnegacion! ¡Qué humildad tan profunda! Sin mas compañía que la de sus discípulos se presenta no ocupando dorada carroza, sino la caballería mas humilde.

¡Ah! á mí me parece oírle esclamar al entrar de

aquel modo por las calles de Jerusalem: «Hombres henchidos de soberbia, criaturas que desconociendo la miseria de vuestro origen aspirais á las mayores grandezas; hombres que no os podeis comparar conmigo ni en grandeza ni en poder, fijad en mí vuestros ojos, y aprended á ser humildes.» En efecto, mis hermanos: si conociésemos las ventajas de esta virtud hermosa que hoy nos enseña de un modo tan admirable el Salvador, nos esforzariamos y venceriamos todos los obstáculos por practicarla. No deseais adelantar en el camino de la perfeccion? No deseais hacer progresos en las virtudes cristianas? No deseais elevar á la mayor altura que os sea posible el edificio de vuestras buenas obras? Pues sabed que la humildad es el cimiento de todas ellas: así como en los edificios materiales es mas profundo el cimiento, cuanto mas elevados han de ser, así en el edificio de las virtudes cristianas debe procurarse labrar profundos cimientos de humildad. Esta es la virtud sosten y apoyo de las demas virtudes. Esta virtud que hoy nos enseña el Maestro del mundo y Legislador de las naciones, es la que santifica todas nuestras acciones. ¿Qué es una caridad llena de orgullo? ¿Qué es una obediencia con repugnancia? ¿Qué nos santificará una limosna, si miramos con desprecio á aquel á quien la damos? ¿De qué nos servirá cualquier obra meritoria, si guiados por el orgullo procuramos los aplausos del mundo? ¡Cuán vanas son todas las obras, cuando no tienen por cimiento la humildad!

Por el contrario, ¡cuán hermosa es una oracion humilde! ¡Cuán agradable es á los divinos ojos toda buena obra hecha en espíritu de humildad! Aprendamos, pues, mis hermanos, á ser humildes, y la